

## EL DESCUBRIMIENTO

Su primera reacción fue pensar que se había vuelto a equivocarse. Después de varios años y más meses, trabajando en “El Problema”, “Su Problema”, sabía mantener la distancia y evitaba la euforia descontrolada que se tornaba en la angustia más profunda, al localizar el desajuste por el que se evacuaba sus esperanzas.

Era tarde, casi de noche. Podía cerrar la puerta y dejar esperando sobre su mesa, enterrada en decenas de papeles, esa idea presuntamente brillante que había atrapado. En el fondo temía tocarla, cual mariposa frágil, y que con su tacto se desprendiera el polvo mágico que le daba su poder creador de hada. Pero sabía que si sus botas recorrían el surco de la realidad hasta su cueva, a mitad de camino regresaría.

Cerró los ojos y los mantuvo así durante diez segundos, recuperando la concentración. Al abrirlos, tomó una hoja en blanco inmaculada y sin tocar las manuscritas, repitió idea tras idea, paso tras paso, letra tras letra, su descubrimiento, desnudando su razonamiento, asegurando cada curva de la ascensión para finalmente alcanzar la cima. Las últimas páginas las revisó obsesivamente, buscando el agujero, la trampa, el diablo que con su tridente quemaba su trabajo y con él su vida, en la hoguera de los errores. Ya no albergaba duda alguna, su descubrimiento era totalmente correcto.

Lo primero fue reírse. Empezó con una leve sonrisa casi muda, para ir ganando sonoridad en cada oleada, hasta terminar en una estruendosa carcajada acompañada de golpes con las manos en la mesa y con los pies en el suelo.

Nunca se había tenido por un genio, simplemente no lo era. Había visto el talento desde muy pequeño en sus padres, en algunos de sus amigos e incluso en sus hermanos. Sabía reconocerlo a su alrededor. A veces surgía espontáneamente en un examen anónimo o por el contrario nunca aparecía en las publicaciones de algunos de sus supuestos brillantes compañeros. Sabía que simplemente no lo tenía. Sus logros se basaban en otro gran tesoro, tal vez de mayor importancia: su trabajo. Incansable, infatigable al desaliento, cada día apretaba los dientes y pedaleaba para ascender el Alpe d'Huez.

Revisó mentalmente la demostración. Se dio cuenta que al abrir esa puerta, al otro lado aparecieron numerosos pasillos alargados que invitaban a recorrerlos. Tal vez se asomó a uno de ellos viendo alguna luz al final de ese túnel, pero no era el momento. Inconscientemente se imaginó en lo alto de un pico mirando las montañas a su alrededor, o en una habitación que hacía pocos segundos había recorrido a oscuras y que al encender la luz, los objetos habían recuperado sus formas. Sin embargo su experiencia vital en la investigación era muy diferente, casi animal.

Sufría al investigar. En su vida, la investigación no era ni un juego ni un deporte, era un proceso tremendamente doloroso, casi un tormento. El problema se le metía tan adentro que llegaba a formar parte de sí. Habitaba en sus huesos, en su sangre, en su mirada. Era un virus, un parásito, que se apoderaba de su vida, de sus fuerzas y sus pensamientos. Pero a su vez, su ser se defendía. Morir o matar. Cada día conocía mejor a su enemigo, afilaba sus armas, superaba sus defensas y se acercaba sigiloso a su guarida. El sufrimiento era tal que esperaba que el próximo encuentro cara a cara, independientemente del resultado, fuese el último capítulo de esta lucha a vida o muerte. Finalmente delante de sí, yacía todavía latente el cuerpo de un digno enemigo ya vencido.